

UMBERTO ECO

responde a las preguntas de
François-Bernard Huyghe

La obra narrativa de Umberto Eco —en particular la novela *El nombre de la rosa* (1981) y su adaptación cinematográfica— ha tenido una extraordinaria difusión internacional. Pero el éxito del novelista ha ocultado en parte la labor del semiólogo italiano que en numerosos ensayos (de *La obra abierta* a *La estructura ausente* y *Los límites de la interpretación*) analiza los problemas de comunicación en las civilizaciones industriales y la evolución de las sociedades europeas. En esta entrevista expone las principales líneas de su pensamiento.

■ *Usted es semiólogo, estudia los sistemas de signos. ¿En qué atañe esa rama del saber al común de los mortales? ¿De trabajos como los suyos pueden derivarse consecuencias prácticas?*

— Personalmente me considero filósofo más que semiólogo, pero la semiótica general se ha convertido tal vez en la rama más importante de la filosofía. Posiblemente nunca hemos tenido tanta necesidad de semiólogos como en la actualidad. Estamos viviendo el fin de un periodo de polarización; todo parecía más sencillo antes, en la medida en que los semiólogos de ambos campos ideológicos estaban dedicados a analizar y criticar el sistema opuesto. Pero hoy día estamos en contacto con tantas culturas y lenguas, tantas prácticas y costumbres que piden ser reconocidas, a veces de manera pacífica, a veces por la fuerza, que me parece más necesario que nunca confrontar diversos sistemas de comunicación o diversas visiones del mundo. Y es precisamente en este terreno donde la semiología puede ayudarnos. No soy tan ingenuo como para creer que esta ciencia vaya a aportar la paz al mundo o instaurar la República de los Filósofos. Pero la mirada del semiólogo puede desempeñar un papel educativo y cívico al inculcar la tolerancia y cierto sentido de la relatividad, de la diversidad.

Hay que influir en las nuevas generaciones desde una edad temprana, a partir de los tres o cuatro años, aunque más no sea para enseñar a los niños que existen lenguas diferentes y hacerles comprender la idea de

diversidad. Habría que mostrarles que hay múltiples maneras de designar, por ejemplo, un conejo, y que los que no emplean la misma palabra que nosotros para hacerlo no son necesariamente bárbaros. Como la semiología se ocupa de todos los sistemas culturales y no sólo de las lenguas, los niños aprenderían además que hay modos de comer y de vestirse distintos de los suyos, y que cada sociedad posee comportamientos rituales específicos que revisten para ella un significado particular.

Sería ése un medio de inculcarles la tolerancia y la comprensión. Si los niños de las generaciones futuras fuesen capaces de considerar los diversos sistemas con la misma tolerancia que los semiólogos, habríamos dado entonces un gran paso.

Ahora bien, desarrollar en cada individuo la capacidad de comprender mejor a los demás no significa eliminar automáticamente el mal del mundo. La aspirina no cura todas las enfermedades, pero no es malo prescribirla cuando hay una epidemia de malaria.

No creo tampoco que con una sola lengua o una sola cultura se consiga que los hombres se comporten como hermanos: las guerras más violentas de los dos últimos siglos han sido a menudo guerras civiles entre individuos que hablaban el mismo idioma.

■ *El relativismo cultural es una idea que suscita muchas polémicas. ¿Como se sitúa usted en el debate que, con o sin razón, opone “relativismo cultural” a “universalismo”?*



La mirada del semiólogo puede inculcar la tolerancia y cierto sentido de la relatividad, de la diversidad.



pología cultural o cualquier otro que tome en cuenta la diversidad de las culturas, procede por comparación. En vez de aislar los sistemas en su absoluta diferencia, busca los puntos en común que permiten establecer la comparación. Y cuando no los encuentra, respeta las diferencias. A mi juicio, no hay una oposición insoluble entre relativismo cultural y universalismo.

Tomemos otro ejemplo. Para designar cosas tan sencillas como la madera y el bosque cada idioma posee sus propias categorías. Por ejemplo, en inglés se utiliza el término “timber” para designar la madera, y “wood” para el bosque, mientras en francés se emplea una sola palabra, “bois”, para ambas nociones. Sin embargo, la traducción sigue siendo posible; se basa en la posibilidad de contacto entre dos lenguas: es la operación mediante la cual la lengua de recepción procura conservar lo más posible de la lengua original trasladándola a sus propios términos. Para traducir del alemán al francés, tengo que saber alemán y captar en qué se diferencian ambos idiomas. En ese sentido no hay nada más universal que la traducción.

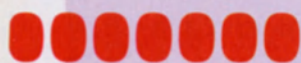
El holismo, es decir el relativismo cultural absoluto, nos llevaría a concluir que la traducción es imposible y que no se puede

— El relativismo cultural estima que existen diversas formas de aprehender el mundo, de la lengua a la religión, entre las que no existen puntos de comparación posibles. Si llevamos esa afirmación hasta sus últimas consecuencias habría que llegar a la conclusión de que es imposible traducir al inglés un concepto expresado en indio hopi y viceversa. Ese sería el relativismo cultural absoluto. Como afirma Thomas Kuhn respecto de las ciencias, si bien los paradigmas cien-

tíficos no son mensurables, ello no significa que sea imposible compararlos. Tomemos el caso de los sistemas de Tolomeo y de Copérnico: efectivamente son incompatibles, pero es posible confrontarlos, mostrar su total independencia y al mismo tiempo comprender cómo se pasó de uno a otro. La Luna y la Tierra no son en ellos nociones totalmente distintas, aunque conciben su movimiento de forma diferente.

El enfoque semiológico, el de la antro-

No puedo aceptar, desde luego, el homicidio ritual en mi país. Pero me parece inconcebible que alguien me diga que debo invadir o colonizar el país donde se practica para acabar con esa costumbre.



hablar de física atómica en una lengua de la jungla, ni de los problemas del hombre de la jungla en una lengua occidental.

El error simétricamente opuesto estriba en creer que existen categorías universales del lenguaje, que es posible descubrirlas y que la diversidad de las lenguas podría reducirse a esa lengua única. Si bien existen categorías universales, se trata de distinciones u oposiciones, como “arriba” y “abajo” por ejemplo, o nociones vinculadas con el cuerpo, como el hambre o la saciedad; pero en cuanto avanzamos un poco más advertimos de inmediato que incluso entre pueblos relativamente próximos muchas cosas son diferentes, y entre ellas la idea del bien y del mal. No obstante, es posible comparar esas ideas y ver lo que tienen en común.

La actividad de la traducción como metáfora de una visión tolerante del mundo puede servirnos de guía. Desde un punto de vista teórico la traducción no tendría que existir; sin embargo, la gente comunica entre sí, traduce e interpreta. De manera abstracta, con sofismas, se puede demostrar la imposibilidad del movimiento o de cualquier otra cosa, pero en la vida real seguimos caminando y viviendo.

A mi juicio, una organización como la UNESCO no debe preconizar la diversidad de las culturas a tal punto que éstas no lleguen a comprenderse, ni tratar de imponer valores universales aplicables al mundo entero. El problema estriba en poner en contacto las culturas. De manera general, una cultura es capaz de “expresar” otra cultura en sus propios términos. Incluso si sabemos que habrá inexactitudes, errores y deformaciones, es mejor eso que la ignorancia absoluta.

Ello es válido incluso para idiomas tan cercanos como el italiano y el español. Todos los italianos están más o menos convencidos de que entienden el español, y viceversa; sin embargo, en esos idiomas hay expresiones muy similares que tienen significados opuestos. Hay que estar entonces alerta para no cometer errores y contrasentidos, pero ello no impide que, en la práctica, un italiano y un español consigan entenderse bastante bien.

■ *Comprenderse o comprender la diversidad de las culturas es una cosa, y formular un juicio de valor, algo muy distinto. ¿No hay un momento en que, aun cuando se sepa que la noción de bien y de mal varía según*

las culturas, hay que tomar una decisión al respecto?

— Esa es una de las cuestiones más espinosas. Alguien me preguntó una vez si yo analizaba ese tipo de problemas como sociólogo o como moralista. Mi respuesta es la siguiente: debo observar una cultura donde se practica el canibalismo con una mirada de sociólogo y tratar de comprender de qué manera para esa cultura el canibalismo constituye un bien. Pero, cuando tengo que decidir acerca de mi propia vida, mi mirada adopta una perspectiva moral y no devoro a mis semejantes. El problema se plantea cuando las culturas entran en contacto. Supongamos que una tribu lejana que practica el canibalismo en una selva perdida emigra a nuestro país. ¿Debemos permitir, en nombre del respeto de las culturas, que esa gente siga practicando el canibalismo o prohibirlo por ser contrario a nuestras leyes?

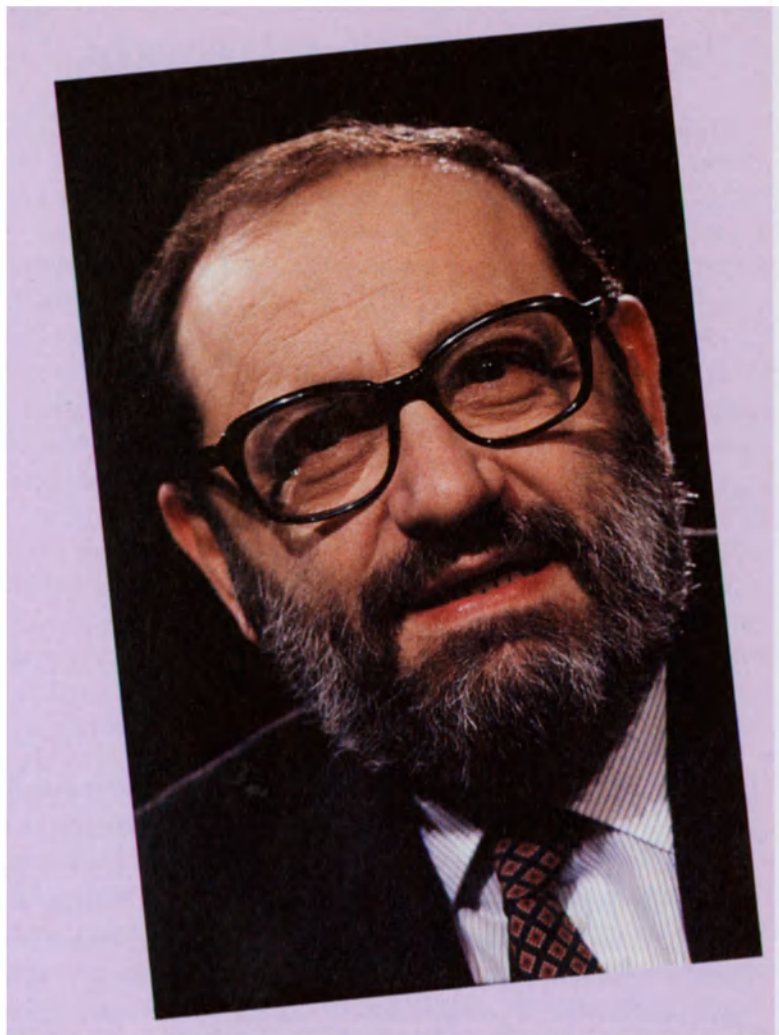
Cada situación exige un análisis particular para determinar en cada caso el límite de lo tolerable. Si una cultura impone a sus jóvenes llevar chador (el pañuelo con que las mujeres musulmanas se cubren la cabeza), no veo por qué yo tendría que prohibirlo, pues ese comportamiento no afecta en absoluto a mis principios éticos. Ahora bien, si una cultura determinada prohíbe las transfusiones de sangre a los niños enfermos, como ocurre en algunas sectas, el conflicto empieza a despuntar porque las leyes de mi país establecen que hay que socorrer al que está en peligro. El canibalismo debe prohibirse porque se opone a mi sistema de valores.

Tengo que decir al que lo practica: "Si vienes a mi país tienes que someterte a ciertas normas." Hay que fijar los límites de lo tolerable. Y hay cosas que son verdaderamente "intolerables": el racismo, el canibalismo, el asesinato...

No puedo aceptar, desde luego, el homicidio ritual en mi país. Pero me parece inconcebible que alguien me diga que debo invadir o colonizar el país donde se practica para acabar con esa costumbre. El colonialismo, precisamente, partía del principio de que debíamos aportar a las demás naciones "ideas justas"...

Problemas semejantes sólo pueden resolverse analizando cada caso en particular, lo que a menudo da lugar a situaciones dramáticas. Así, en Italia, se planteó la cuestión a propósito de una población que practica la excisión ritual. Cuando esas poblaciones vienen a nuestro país surge un conflicto, porque para nosotros la excisión es un acto intolerable. A juicio de algunos tendría que haber clínicas particulares para realizar este tipo de intervenciones. Por mi parte considero que la excisión es algo inadmisibles. ¿Cuál es el límite entre lo que debe aceptarse y lo que es intolerable? Es ésa la cuestión crucial.

No es posible dar una respuesta categórica, si no se terminaría por querer invadir el planeta del polo norte al polo sur porque las costumbres de un determinado grupo nos parecen inaceptables. Son cuestiones que han de resolverse como casos especiales, a veces dolorosamente.



■ *Junto al debate que suscita el "relativismo cultural", hay otro, casi correlativo, sobre cierta forma de "cultura mundial" difundida por los medios de comunicación, me refiero a la llamada "industria cultural" o "cultura de masas". Son muchos los intelectuales que la critican desde hace tiempo. ¿Es usted más optimista que aquellos a los que ha calificado de "apocalípticos"?*

— En los años sesenta critiqué a los intelectuales que rechazaban la cultura de masas desde el exterior, sin tomarse el trabajo de analizarla. Señalé, por otra parte, que podíamos utilizar de forma positiva esos instrumentos de difusión masiva. Hoy soy un poco más pesimista que en el pasado porque, como todos podemos observar, la competencia económica lleva a los programas de televisión a alinearse en el nivel de calidad más bajo. Pero sucede lo mismo con la traducción, por

ejemplo: por una parte se reconoce el principio de la traducción; por otra, se comprueba la realidad, es decir que ochenta por ciento de las traducciones son execrables porque se han hecho de prisa o porque los traductores están mal remunerados.

No hay que olvidar que la cultura de masas puede consistir también en la utilización de nuevos instrumentos para la universalidad a distancia. Solemos identificar la cultura de masas con los difusores más visibles y comerciales, los canales de televisión, por ejemplo. Pero ella representa también la posibilidad para un mayor número de personas de tener más fácil acceso a la cultura y a la educación; gracias a los disquetes y los discos compactos, entre otras cosas. ¿Por qué no imaginar, entonces, que la Unesco contribuya a crear un inmenso sistema de comunicación de masas con fines

La función del poeta, del pensador, del filósofo consiste en estar atento a lo que sucede a su alrededor y hacerlo saber a los demás para que puedan a su vez reflexionar sobre el tema.



educativos, por medio de la radio y la televisión?

La crítica que formulé en los años cincuenta y sesenta sigue vigente hoy día, en la medida en que con harta frecuencia el mundo intelectual continúa criticando los aspectos negativos de la cultura de masas sin realizar un auténtico esfuerzo por corregir esas tendencias. Además, ya en esa época algunas de esas críticas eran infundadas. Me refiero a la idea de que hemos entrado en una civilización de la imagen y de que el mundo de la palabra escrita está destinado a desaparecer. Es totalmente erróneo: con la cultura de masas han aumentado la producción de papel impreso y el número de lectores.

Ciertas actitudes “apocalípticas” sencillamente no tienen razón de ser. Lo que no impide reconocer que la televisión y la prensa están atrapadas en una espiral comercial y sensacionalista: inventar noticias, crear artificialmente hechos extraordinarios. Pero, por otra parte, gracias a la cultura de masas los niños han aprendido a respetar la naturaleza, y comienza a surgir una nueva conciencia ecológica.

Vea usted, uno de los aspectos positivos de la acción de los medios de comunicación

es una percepción más clara del peligro nuclear. Recuerdo que en los años sesenta procurábamos hacer propaganda antinuclear mediante manifestaciones, libros. Tropezábamos con una especie de sordera generalizada: la gente no sabía lo que era la radiactividad, ni quería saberlo. Finalmente, en treinta años, gracias al cine, la televisión y la prensa hemos aprendido a evaluar mejor el peligro nuclear. En algunos países la población ha llegado a conocer la amenaza de la contaminación a través de los medios de información.

Hay que ver entonces las dos caras de la realidad: esa televisión que puede fomentar la vulgaridad, la maledicencia, la trivialidad, es también capaz de sensibilizar al público a los problemas de contaminación y prepararlo para aceptar, por ejemplo, las limitaciones de circulación de automóviles o prestar atención al problema de los desechos. Esa es la realidad que hay que aceptar, sabiendo que mañana la aparición de una nueva técnica puede cambiar la naturaleza de las comunicaciones.

No obstante, ciertas innovaciones al principio positivas han cambiado de signo. La difusión masiva del automóvil, por

ejemplo, pareció en sus comienzos un fenómeno ventajoso, hoy, en cambio, habría que limitar su circulación. Hay que saber evitar el apriorismo, pero permanecer vigilante.

■ *¿Cómo interpretar el hecho de que el público recurra cada vez más a los intelectuales para pedirles consejo y orientación?*

— En cierto sentido es un fenómeno milenario pues todas las sociedades han tenido siempre necesidad de delegar en algunos de sus miembros, sacerdotes, filósofos, la tarea de definir los valores.

En teoría es posible concebir una humanidad en la que cada cual sea a la vez cazador, pescador y filósofo; pero, por el momento, mientras la sociedad esté compuesta por una mayoría de individuos que no pueden dedicarse a estudiar la cuestión de los valores, no hay más remedio que disponer de “reservas indias” donde la comunidad siga alimentado a personas a las que pide que desempeñen esa función. Lo importante es no considerarlos profetas, sino simples cauces a través de los que el debate en torno a los valores debe llegar a los demás. La función del poeta, del pensador, del filósofo consiste en estar atento a lo que sucede a su alrededor y hacerlo saber a los demás para que puedan a su vez reflexionar sobre el tema. Esta función de “transmisor” que se asigna al intelectual es, a mi juicio, un papel casi fisiológico del que el cuerpo social no puede prescindir. En cambio, considerar al intelectual como un oráculo es una enfermedad social. Es una vez más una cuestión de moderación. Por mi parte, no tengo vocación de oráculo y por eso rehúyo las entrevistas. □